



Análisis de Discurso

Principios y procedimientos

Eni Orlandi

Elba Soto (traductora)

Comunicación
y Periodismo

CIENCIAS
HUMANAS



ENI ORLANDI, *Análisis de discurso. Principios y procedimientos*, traducción de Elba Soto, Editorial Lom, Santiago de Chile, 2012, 106 pp. ISBN 978-956-00-0340-9. (*Análise de discurso: princípios e procedimentos*, 1990).

(recordemos como crespón del debate la polémica entre Enrique Lihn e Ignacio Valente); lo que se hizo respecto del discurso en la lingüística chilena de la segunda mitad del siglo XX fue ante todo un análisis nanológico, encerrado en la marca manifiesta, nunca centrado en la huella y de ningún modo atento a la memoria y por tanto imponiendo solo un tipo de valor, en la lógica pueril de una suerte de racionalidad técnica de circo pobre.

Ya estaba sembrada la sospecha cuando la UNESCO desde su cátedra de lecto escritura permitió que los lingüistas de la llamada “Escuela de Valparaíso” asumieran que solo había un estructuralismo que llegaba hasta Chomsky, y que los delirios de la filosofía y la ciencia social, no eran ciencia, al menos no ciencia nomológica, la única verdadera, la que financia los Fondecyt, la que aporta insumos técnicos para la intervención lingüística, la que apoya sin causar problemas ni distorsiones, es la lingüística que pide y obtiene cuatro años de financiamiento estatal para demostrar algo que cae de maduro: que los niños pobres leen y escriben peor que los hijos de ricos.

En la lectura del libro *Análisis de discurso. Principios y procedimientos*, intentaremos hacer lo mismo que propone Eni Orlandi para el análisis de discurso como praxis, correremos el riesgo, por lo tanto, de interpretar de manera equivocada los fundamentos que aporta y los procedimientos que plantea; esta lectura no se suspende en la teoría, sino que guarda relación con el horizonte de la experiencia y la comprensión; así, al iniciar el comentario de este libro nos asalta un gesto de sorpresa, una mueca que manifiesta la extrañeza que surge frente a algo que rompe drásticamente lo que en Chile ha sido asumido como análisis de discurso, lingüística clausular, esa lingüística amarrada a la fonética y que definió el análisis desde un estructuralismo técnico, maquinal y anquilosado, casi esclerótico, esto porque en Chile no se permitió casi nunca asumir la existencia del estructuralismo, y de las reformulaciones de este, más allá de la reacia tolerancia respecto del ditirambo lírico de los filósofos y psicoanalistas, se rechazaba la substancia epistémica y procedimental, se veía en los plumajes del estructuralismo y también del posestructuralismo, una suerte de divertimento francés, un minué intelectual, que poco tenía que hacer frente a la fonética traspasada al texto que en Chile se hacía, plagada de historiografía

Así, una gran vergüenza nos aborda, al confrontar desde este libro de Orlandi categorías que estaban ahí, que no habían sido utilizadas, en buena parte por falta de traducciones, quedamos un tanto sonrojados al concebir que, no solo el estructuralismo y el posestructuralismo tenían cabida desde una perspectiva crítica y desobediente de los propios órdenes discursivos, (este concepto foucaulteano ya existía antes de iniciarse las dictaduras latinoamericanas), por lo tanto existía la posibilidad de sostener y realizar una “lingüística de agitación”, y alzar con ella un gesto y una praxis donde la memoria, material peligroso para nuestro territorio político, y la ideología tenían un lugar analítico privilegiado; esa ideología que no es ni falsa conciencia como aparece en las lecturas superficiales que se hacen de Marx, ni pura fisiología propia de los borboteos de neuronas como en las soluciones simplistas de Teun Van Dijt, sino que, desde la divergencia, es un pecaminoso concepto de ideología, aquel que ya estaba en la “Ideología Alemana”, texto bisagra del pensamiento marxista, que la asume como una cosmovisión y una proyección de las formaciones sociales, donde el idealismo alemán y el empirismo inglés se mancomunan... se coluden, bajo la forma de un concepto de ideología cada vez más vigente, cada vez más incómodo, cada vez más urgente.

Se nos hace posible en el libro de Orlandi esta lingüística de agitación, no por la acumulación de verdades, ni siquiera porque desde allí provoquemos de manera unidireccional la revuelta del movimiento social, sino porque podemos pasar, como dice la autora, desde el momento hermenéutico hacia la resolución del enigma que asume al texto como una galaxia de significantes (a decir de Barthes). De esta manera el análisis de discurso sin ambigüedad ni pudor responde a lecturas políticas, políticas porque las formaciones discursivas en tanto correlato de las formaciones sociales son formas de dar y restar poder, es decir, son el signo más concreto en que podemos evidenciar la permanencia y funcionamiento de la dialéctica amo/siervo, en donde hegelianamente el discurso es la interfaz que permite al dominador apoderarse del deseo de su dominado, sustentado en la ideología y recubierto por la manipulación del texto, que no es interpretación sino uso unidireccional del sentido, es isomorfía capciosa, donde el arquero dispara su flecha y da en el blanco; pero este libro contrariaría la neutralidad lingüística, especialmente en el estudio del modo en que los órdenes discursivos se apoderan de los sentidos, hurtándolos desde la negación de la amplitud de la metáfora.

Paul Ricoeur sospechó el papel de la metáfora viva como crítica al modo de escritura y por lo tanto de comunicación en la ciencia, pero no abordó el tema de la polisemia, no asumió a la pluralidad de significantes como un tesoro, sino que en nuestra opinión, confundió la paráfrasis con la metáfora, de manera tal que la sustitución tomó el papel de la exploración y el enigma quedó suspendido en una narración florida, pero incapaz de asumir a la memoria y la ideología como factores determinantes en la práctica exegética.

Este libro tiene un matiz posestructuralista, específicamente lacaniano, en donde si el inconsciente está estructurado como lenguaje, es ante todo un cuadro barroco; se abren las compuertas de la transferencia, no como una forma de ocultar verdad, sino como construcción metafórica que proyecta al lenguaje hacia el infinito, en una semiosis que es reinterpretación de la interpretación de la reinterpretación, y donde el análisis de discurso es un eslabón en la cadena significativa, que en la formación social y desde la formación discursiva, permite construir una lingüística de agitación que da paso a una reflexión de agitación. Algo que está muy lejos de la lingüística de silabario tan común en nuestro medio.

El poeta judío Paul Celan, el sobreviviente de Auschwitz-Birkenau, el suicida, en un poema sobre los hornos donde ocurrió la Shoah habla del humo evaporando la vida, utilizando en alemán





un concepto que no tiene sinónimos, hasta donde sé, en las lenguas romance, “metapherngestöber”, y que traduzco a mi amaño como explosión o torrente de metáforas... este poeta del exterminio víctima entre las víctimas, alguna vez visitó en su cabaña en la Selva negra a Heidegger, y poco sabemos de lo que hablaron, solamente queda un poema críptico, hermoso, pero que nada esclarece; sin embargo, este poeta de la finitud radical mucho nos puede decir de los efectos de la barbarie en Latinoamérica; barbarie que se asemeja a la de Auschwitz pero en Villa Grimaldi, barbarie que hoy esconden, sin tener el valor de Edipo de sacarse los ojos frente al peso de la ceguera, creo que de alguna manera esto se vincula al libro de Orlandi: la explosión de metáforas, el momento en que la polisemia se vuelve incoherente y por tanto vacía, lacanianamente si fuera delirante tendría sentido, pero la carencia del sentido es el peligro en la lectura, el espanto de no poder comprender y por tanto comunicar, radica en que la metáfora se desborda como el humo negro de las calderas. Pero en este libro ese humo no se disemina y la constelación de significantes tiene un punto cero, una forma de lenguaje primigenio que surge del concepto de sujeto, se trata, eso sí, de un sujeto entre barroco y surrealista, como un cuadro de Picasso o de Matta, donde lo cóncavo esquiva la exactitud, donde la nariz es un cuerno, la boca aguanta un solo diente.

Se trata del concepto sui generis de sujeto recuperado por Orlandi, un sujeto por cierto, descentrado, presa no del movimiento histórico sino del devenir del sentido, saturado en lo no dicho y lo dicho, sujeto simultáneo en la enunciación y la escucha, sujeto que es sintagma en la sucesión, paradigma en lo incluido y en lo obviado, pero sujeto al fin y al cabo; nunca hombre, persona o clase social; sujeto que exige una restitución del concepto de autor, un autor que no es paráfrasis del narcisismo transferencial de Sainte-Beuve y su apelación a la escritura como simple reflejo de la vida, sino que remite al sujeto de Marcel Proust, que vive en el discurso y es ante todo una herramienta semántica, pragmática, hermenéutica y sociocrítica, así desde el sujeto-autor, el sujeto-lector deja de ser una entelequia, que varía y se trasvierte, pero existe y se hace patente, es como el mar nerudiano besa y se retrotrae: *se sale de sí mismo/ a cada rato, dice que sí, que no,/ que no, que no, que no,/ dice que sí, en azul,/ en espuma, en galope, /dice que no, que no: no se puede estar quieto, es un hito, un cayado, una señal, una puerta en la interpretación del análisis del discurso. Hay un autor, hay un lector por tanto, ello involucra la quizá feliz noticia de que es posible leer desde el descentramiento, apelar a algo que crea y algo que recrea, no como apelación al humanismo metafísico, sí como rescate del texto como producto social, dominador o emancipatorio según cómo se produzca, se lea o se interprete; y Orlandi propone una interpretación emancipatoria, incluso en la ambigüedad del sentido borrado a priori por la moda intelectual.*

Felices los que gozamos de este afrancesamiento, quizás porque lo que en alemán se piensa, en francés se expresa y en Latinoamérica se hace vida, fiesta y duelo, como las estaciones del año o los ciclos pendulares de la política.

Si nos preguntamos, parafraseando a Vargas Llosa ¿en qué momento se jodió el análisis del discurso en Chile?, responderíamos probablemente que esto no es así, sencillamente porque el análisis de discurso aún no se constituye como disciplina autónoma en nuestro medio, más bien es un intento, realizado por lingüistas y secundariamente por sociólogos, antropólogos y politólogos, pero este empeño no se inicia en Chile, sino en países que recuperaron antes su democracia.

Hay mucho de lo que Orlandi propone en nuestro ex profesor de filología Rodolfo Lenz, que en el contexto de la masacre y usurpación de la Araucanía decidió ir a escuchar a “los indios”, como él expresa en su obra magistral “Lecturas araucanas”, aprovechamos

el quizás un tanto narcisista ejercicio de recordar que gran parte de los lingüistas y filólogos de nuestro país se han formado en este pedagógico.

Revisar por qué los conceptos psicoanalíticos, hermenéuticos y marxistas que Orlandi formula son tan novedosos y provocativos, en el incipiente espacio de nuestro análisis de discurso: lleva a interpretar en los mismos términos de Orlandi: la construcción social dio pie a una formación discursiva que impidió a las ciencias del lenguaje desarrollarse, y configuró una filosofía y una lingüística acomodaticia y aséptica, que disciplinariamente fue producto de la represión de los 70 y de lo que es peor, la autocensura de los 80; es en ese contexto donde los científicos sociales no teníamos curriculum sino prontuario, en palabras de un ministro de educación. Esto ni siquiera se expresó en lo no dicho, lo que primó en un espectro amplio de nuestras ciencias del lenguaje fue un vacío, una ausencia, una visión culposa que hoy ya introyectada se vuelve una carga que nos pesa y que nos obliga a asumir nuevas categorías y a comprometernos con los procesos históricos; soñamos que el reciente movimiento estudiantil, sea un remezón que posibilite ese asalto al cielo que significa interdisciplinar todo, confundir, mezclar, atreverse a fallar, resignificar, crear y recrear, hacer una mimesis desatada y una praxis heterodoxa, que permitan, como propone Orlandi, asumir el análisis de discurso como una mano que se lanza hacia el infinito para captar, nunca capturar, la explosión de metáforas susceptibles en cada enunciación y descubrir galaxias con formas sinuosas y desarrapadas en la infinitud del cielo estrellado de significantes. El análisis de discurso propuesto desde una teoría crítica de la sociedad y la mente, se vuelve un artificioso y creativo adjetivar, sin duda Huidobro tenía razón, “el adjetivo cuando no da vida mata”.

Enorme debe haber sido el esfuerzo de Elba Soto para traducir esta sugestiva obra, me interesa mencionar que, luego de un par de lecturas exhaustivas es evidente la reiteración del ilativo “mas” un ilativo que es copula abierta entre palabras, frases y oraciones, que no atrapa la lectura en una distinción unidireccional, sino que abre la comprensión hacia lo otro, que es lo mismo y es la diferencia, así como Orlandi reitera, lo que es posiblemente la marca distintiva de su gran ensayo, ese “mas” que no es un “pero” sino un “aún”, en el contexto de un libro fruto, como ella misma señala, de sus clases y de solicitudes editoriales, en la simpleza de su pretensión conlleva algo más profundo: el análisis de discurso no es el encierro en la selva semiótica sino que es la recuperación de la materialidad del lenguaje, para que éste en su expresión tanto poética como retórica sea una forma axiomática de ese pensamiento diferente, el crítico, el disímil que aún puede lograr ser el de siempre.

Miguel Alvarado Borgoño

